

FUI LLAMADA A LEER EN LA TORA

FRAYDA SILLER TURKEL

Frayda Siller Turkel trabaja con estudiantes en la Ohio State University Hillel; escribió este trabajo en Junio de 1978.
Tomado de Sh'ma, 11/209 Mayo 6, 1981.

La decisión de aprender a leer la Torá fue difícil. Cuando consideré seriamente esta posibilidad me sentí acosada por interrogantes y dudas. En verdad podía haber alguien en la ciudad dispuesto a enseñarme, pero ¿quién sería? De alguna manera era tan importante decidir quién me enseñaría como decidir si estudiaría o no. Si estudiaba ¿mi frustración sería mayor? Peor, después de todo, sería saber leer la Torá y no tener oportunidad de hacerlo, mucho peor que serme negada la oportunidad, de yo careciere de condiciones para hacerlo. ¿Qué significaría realmente aprender? Leer la Torá no sería un hecho aislado: aclararía para mí y para otros mi posición en la comunidad judía religiosa; demostraría algo a mis hijas; tendría amplios efectos en mi vida religiosa general. Por fin, ¿tendría yo el tipo de *jutzpá* que se necesitaba para ello?

Quizás sean necesarios algunos antecedentes. Tengo 34 años y fui educada en un hogar tanto tradicional como liberal. Mis padres tenían educación superior y me enviaron a las orthodox day schools desde el jardín de infantes hasta la escuela superior. Recibí una educación judía sólida que me fue útil siempre. Me proveyó de los conocimientos necesarios y de comprensión para hacer preguntas, para determinar mis ideas, mis sentimientos y mis actitudes respecto del tipo de vida judía que yo deseaba llevar. Ser judío observante es de gran importancia para mí y tiene mucho significado personal, por lo que transmitirlo a mis hijas es uno de los desafíos reales que tiene mi vida en la actualidad.

Compromiso de igual educación y participación

Existían múltiples razones por las cuales la cuestión de aprender a leer la Torá llegaron a primer plano. La más importante es que realmente quería leer y siempre fui atraída por la idea de la lectura. Fue siempre una fantasía que nunca consideré posible hasta recientemente. La importancia de la mujer al adquirir igual status en la prédica pública, estaba en conflicto cada vez mayor con mi deseo de mantener la tradición. Desde hacía mucho tiempo comprendía que la mujer judía debía tener las mismas exigencias educacionales que los hombres, que las mujeres debían ser capaces de participar plenamente en la vida religiosa pública y en los procesos decisivos que eran parte de ella. Como

lo que tenía sentido para mí era el judaísmo tradicional, yo quería tomar mi legítimo lugar en esta tradición. Quería aumentar mis conocimientos y mi participación activa. Por otra parte no deseaba hacerlo fuera de la comunidad tradicional y quería tolerar todo con el objeto de mantenerme dentro de la comunidad. Durante mucho tiempo viví con este conflicto no resuelto asistiendo a los servicios ortodoxos, cada vez más incómoda con mi conflicto, pero sin querer la opción.

Enseñarás a tus hijos

Finalmente fueron mis dos jóvenes hijas las que me forzaron a concretar la idea. Me preguntaba cómo podría educar a mis hijas en un hogar feminista e igualitario, cómo enseñarles el valor de la igualdad y exigirles, cuando se llegara al judaísmo, que hicieran una excepción. Cometería el error de educarlas judaicamente y negarles luego la gama de posibilidades de la expresión religiosa. Ninguna explicación verbal podría contrarrestar lo que ellas veían en la sinagoga: muchachos jóvenes, niños, podían tener el honor de subir a la *bimá* y recitar el *Anim Zemirot* el sábado por la mañana, mientras que ellas, por ser niñas estaban excluidas. Se les negaba la oportunidad de tener estos honores y desarrollar sus dotes de liderazgo. Yo necesitaba proveerles un modelo que reflejara mi escala de valores.

Analizando cuidadosamente todos mis sentimientos, tomé la decisión de que aprendería a leer. Decidí no preocuparme por la posible frustración con que me enfrentaría. Primero comenzaría a estudiar y luego me preocuparía acerca de qué hacer con este conocimiento. Poco después de haber tomado esta decisión encontré a una mujer que sabía leer y planeaba enseñarlo, recién llegada en Columbus, de Madison, Wisconsin, donde había estudiado. Estaba terriblemente excitada por la maravillosa coincidencia y comencé mis estudios en forma inmediata. Era una maestra estupenda y teníamos similar orientación religiosa. El hecho de que fuera mujer y, como judía tradicional, comprendiera lo que significaba para mí esta decisión agregaba otra dimensión a la experiencia. Cuando consideré estar bastante adelantada como para leer, decidí leer una parte corta en el *minian* en Hillel, en la Ohio State University. Este *minian* procedía de manera igualitaria y tradicional y muchos de los participantes, tanto hombres como mujeres, compartían mis intereses religiosos.

Yo esperaba recibir ciertos beneficios y placeres de la lectura de la Torá, pero no estaba preparada para recibir los indescriptibles sentimientos que me produjo, ni para la profundidad de estos sentimientos. Parada delante de la Torá, todo mi ser concentrado en las palabras que tenía delante de mí, en lugar de sentir que todo era novedoso o extraño, sentí que de alguna manera había vuelto al hogar. Ya no se me planteaban más preguntas a su respecto; ésto haría y continuaría haciendo porque era lo verdadero.

Todavía hay lugar para crecer

Desde esa vez primera he tenido algunas oportunidades de leer la Torá y también estudié *Haftará*. Esto me ha traído placeres sin fin, me motivó para estudiar más Torá y elevó mi conocimiento de la Torá en relación con mi vida. Hay muchas maneras por las que las mujeres pueden tomar un papel más activo en las sinagogas; yo elegí comenzar con ésta. Tengo todavía la esperanza de que en el futuro yo o alguna otra mujer tenga la oportunidad de practicarlas en las sinagogas de la comunidad, durante un servicio tradicional. Tengo bien presente que una mujer *leyendo* se desvía de la tradición, pero sus beneficios superan largamente los riesgos. Mi feminismo y mi judaísmo están en menor conflicto y siento que tal experiencia me dio y continuará dándome la fuerza para hacer frente a los desafíos de ser una mujer judía, madre de dos hijas. Me siento afortunada en grande por haber elegido este camino, porque ahora sé lo que siempre sospeché; que con fuerza, coraje y voluntad, la mujer judía será capaz de expresarse a sí misma tan libremente como el hombre y respetada como miembro maduro de la comunidad.